



historiapolitica.com



PROGRAMA  
BUENOS AIRES  
DE HISTORIA POLÍTICA  
DEL SIGLO XX

## Dimensiones políticas y cuestiones historiográficas en las investigaciones históricas sobre la memoria

Alejandro Cattaruzza\*

### 1. ALGUNAS PREMISAS MÍNIMAS

Es ya casi un ritual abrir un trabajo sobre la memoria y la historia indicando que se trata de una cuestión hoy muy frecuentada por historiadores y otros científicos sociales, filósofos, psicoanalistas, escritores y hasta funcionarios estatales. También en esta oportunidad ha de destacarse esa situación y su resultado más evidente: la existencia de una vastísima masa bibliográfica dedicada a los muchos problemas que la fórmula historia y memoria – incierta, pero utilizada masivamente y poderosa a la hora de la evocación – suele cobijar, que se enlazan además con la cercana cuestión del olvido.

Frente a este panorama, es necesario aclarar que el examen aquí ensayado se concentra sólo en algunos de aquellos problemas, que se plantean a continuación. Por una parte, en el apartado siguiente se propondrá un itinerario del movimiento que, en pocos años, hizo de la memoria un tema de investigación importante para la historiografía. En el tercer apartado, se intentará responder la pregunta acerca de qué causas atribuyeron los propios historiadores a aquel movimiento. En el cuarto, a su vez, se considerará la posibilidad de existencia de un caso argentino en lo que hace a la producción histórica sobre la memoria. Finalmente, en el último apartado se retomarán algunos argumentos referidos a ciertos modos de concebir la relación entre historia y memoria.<sup>1</sup>

\* (UBA, UNR, CONICET). Una versión previa y dedicada fundamentalmente a la situación argentina fue expuesta en las reuniones realizadas por el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, de la Universidad de Buenos Aires, en 2010. Apareció en el número 33 del Boletín que publica esa institución, bajo el título “Las representaciones del pasado: historia y memoria”

<sup>1</sup> En función de estos objetivos será indispensable ejecutar un recorte importante de la bibliografía

Es justamente la existencia de múltiples maneras de entender esos vínculos, que no siempre se hacen explícitas, la circunstancia que reclama anticipar aún brevemente algunas de las posiciones de las que parte este artículo. La primera de ellas remite a una cuestión que fue casi inaugural en los debates que sobre la memoria se libraron en sede historiográfica: más allá de que muchos de sus productos y ejercicios sean individuales y hasta íntimos y de que la memoria individual y la llamada memoria colectiva no involucren a los mismos fenómenos ni funcionen de la misma manera, sólo aquello que la memoria tiene de social la convierte en objeto de investigación histórica. En 1925, uno de los pioneros en el área según el canon, Maurice Halbwachs, sostenía que “todo recuerdo, por personal que sea, está relacionado con un conjunto de nociones que no poseemos sólo nosotros, sino con personas, grupos, lugares, fechas, palabras y formas del lenguaje y también con razonamientos y con ideas, es decir, con toda la vida material y moral de las sociedades de las que formamos o hemos formado parte”. Fuera de otras críticas posibles a las posiciones del autor, y de las opiniones de quienes presumen la existencia de un “giro subjetivo”, se ha partido aquí de aquellas dos premisas entramadas, que indican que la memoria exhibe un costado social y que sólo esa dimensión le otorga relevancia como problema para el historiador.<sup>1</sup>

En otro plano, si bien desde hace algunas décadas “la palabra más comúnmente apareada a *historia*” es *memoria*, la exposición en regla de qué sentido se atribuye a ambos términos y de qué razones ameritan ese enlace, que en la misma operación aproxima y distancia a ambos términos, es poco frecuente.<sup>2</sup> Es visible que sólo algunas formas de concebir la historia, la memoria y su relación admiten que se ensaye su tratamiento conjunto. Sobre estas cuestiones, basta por ahora señalar que, en este artículo, aquello que sostiene un análisis que incluya a ambas es que los productos de los trabajos de la memoria, así como los del historiador, constituyen representaciones del pasado; ellas, además, son utilizadas junto con otras en luchas presentes. Pero las prácticas que se desarrollan para su construcción, las lógicas que la presiden y los objetivos que esas prácticas tienen son diferentes, como es sabido; los productos de la memoria son entonces concebidos aquí como los sostenes de un discurso diferente al de los historiadores, pero no alternativo. Al menos para algunos de quienes la practicamos, la historia exhibe un anhelo de construcción de respuestas a los problemas planteados que sigue reclamando el establecimiento de

disponible, que quedará sesgada. La obra de autores centrales, como Paul Ricoeur, por ejemplo y entre otros, será apenas mencionada, ya que la reflexión filosófica no está en el centro de las preocupaciones asumidas; lo mismo ocurre con textos que, desde la perspectiva poscolonial, trabajan la cuestión de la memoria o con la línea de trabajo de Paolo Rossi que enlazaba la memoria, el cerebro y la inmunología.

<sup>1</sup> La cita de Halbwachs, en *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos, 2004; véase también M. BLOCH, *Historia e historiadores*, Madrid, Akal, 1999, p. 223 y ss; el texto es la reproducción del comentario de Bloch a la obra de Halbwachs, que apareció en el tomo XL de «Revue de synthèse», de diciembre de 1925, con el título “Memoria colectiva, tradición y costumbre. A propósito de un libro reciente”. La posición aquí planteada es cercana a la que el propio Bloch manifestara en ese comentario.

<sup>2</sup> Cfr. KERWIN LEE KLEIN, *On the Emergency of Memory in Historical Discourse*, «Representations», University of California Press, número 69, volumen especial titulado *Grounds for remembering*, p. 128 y p. 129

una distancia crítica con los materiales que utiliza para organizarlas; los trabajos de la memoria, en cambio están eximidos de tales anhelos y de la toma de tales recaudos.

Quizás sea este el lugar adecuado, además, para señalar que las convicciones expuestas se fundan no sólo en consideraciones profesionales y de orden científico, sino en una experiencia de colaboración con la tarea de algunos organismos defensores de derechos humanos. En la Argentina, tal actividad está directamente relacionada con varios de los modos del ejercicio de la memoria, que además pueden tener efectos judiciales, dado que los juicios por delitos de lesa humanidad cometidos durante la dictadura que se extendió entre 1976 y 1983 están desarrollándose en la actualidad. Hoy, siguen todavía sin hallarse los restos de muchos desaparecidos en aquellos años, sin identificar otros, sin resolver un número muy significativo de asesinatos clandestinos y sin encontrarse cientos de niños apropiados, ahora adultos que siguen privados de su identidad. Mi colaboración en aquellas actividades de los organismos de derechos humanos es una de las fuentes de las certezas sobre las distinciones entre la historia y a la memoria que acaban de ser expuestas.

## 2. TRAZAS DE LA CONSTITUCIÓN DE UN OBJETO DE ESTUDIO

Situar históricamente el inicio y, fundamentalmente, el crecimiento del interés de los historiadores por la memoria colectiva, permitirá proponer luego un conjunto de posibles razones de ese proceso. Tal como suele admitirse, la publicación de *Les cadres sociaux de la mémoire*, de Halbwachs, ya citada, en 1925, es la que abre la cuestión; Bloch atendería a su vez a problemas semejantes y en particular a la circulación social de los recuerdos. Sin embargo, esas líneas de trabajo parecen perderse más adelante salvo para algunos pocos investigadores, entre los que destacan los nombres de Paolo Rossi y Frances A. Yates; con todo, sus objetos de estudio, construidos en torno a las técnicas de la memoria, exhibían distancia frente a los anteriores.<sup>1</sup>

Hacia 2000, en cambio, un balance de la coyuntura en la que todavía se encuentra la historiografía hoy, se abría con una frase de alto impacto: “bienvenidos a la industria de la memoria”, interpelaba el autor a los lectores, para concentrar luego su examen en la situación norteamericana.<sup>2</sup> Para el ámbito europeo, en 1998 Kristof Pomian ofrecía este panorama, próximo al anterior: “no sólo en Francia, sino un poco por todas partes de Europa, el interés por la memoria colectiva, sobre todo por las memorias nacionales, regionales o comunitarias parece ser [...] mayor que lo que jamás ha sido”.<sup>3</sup> Esa circunstancia había sido advertida con anterioridad por

<sup>1</sup> Sobre la importancia que Bloch otorgaba a lo que llamaba la transmisión social de los recuerdos y de los saberes, ver MASSIMO MASTROGREGORI, *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, en particular páginas 25, 26 y 32. Los estudios de Rossi son *Francis Bacon: de la magia a la ciencia*, publicado en Roma por la editorial Laterza en 1957, que asumía tangencialmente el problema de la memoria, y *Clavis Universalis: el arte de la memoria y la lógica combinatoria, de Lulio a Leibniz*, publicado en 1960. De ambas obras hay traducciones castellanas. El libro de Francis Yates, titulado *The art of memory*, fue publicado en 1966 por Routledge and Kegan Paul, en Londres.

<sup>2</sup> Cfr. KLEIN, *op.cit.*, p.127

<sup>3</sup> Cfr. KRZYSZTOF POMIAN, *De l'histoire, partie de la mémoire, à la mémoire, objet d'histoire*[1998], en *Sur l'histoire*, Paris, Gellimard, 1999, p. 263.

Paolo Rossi, dedicado tempranamente a estos asuntos como se indicó: “la memoria y el olvido se han vuelto temas de vasto y creciente interés. También se han vuelto, con todas las ventajas y peligros que esto implica, temas de moda”, sostenía ya en 1991, en un libro que merece una atención particular.<sup>1</sup>

Así, hacia el cambio de siglo, los historiadores entendían que este campo de estudio se hallaba en expansión. Pero es necesario remontarse a los años ochenta para percibir las primeras formulaciones de balances que apuntaban en ese sentido: en 1986, Philippe Joutard había indicado, en referencia a la memoria colectiva, que las “investigaciones individuales y coloquios sobre el tema se han multiplicado durante los últimos cinco años” y recordaba que la noción “ha entrado tardíamente en el campo del historiador, hace menos de diez años”, ubicando en el artículo de Pierre Nora incluido en *La nueva historia*, de 1978, el inicio del proceso.<sup>2</sup> En el artículo citado, en efecto, Nora había realizado un diagnóstico y una apuesta fuerte: “la memoria es un problema histórico reciente, es nuestro problema, al cual, curiosamente quizás, no han sido los historiadores los primeros en dar una respuesta específica”. Agregaba luego que “el análisis de las memorias colectivas puede y debe convertirse en la punta de lanza de una historia que se precie de contemporánea”, concebida como una historia que asumiera plenamente los desafíos del presente.<sup>3</sup>

A pesar del juicio de Joutard acerca del papel desempeñado por el artículo de Nora, otros datos permiten sostener que aún en la propia historiografía francesa el movimiento era algo más antiguo, aunque todavía disperso. Así, en 1971, Nathan Wachtel había publicado *Los vencidos: los indios del Perú ante la conquista española (1530-1570)*,<sup>4</sup> con muy buena acogida académica; el autor trabajaba con una perspectiva etnohistórica, pero la cercanía con los temas de la memoria era clara. Poco después, en 1976, Jean Chesneaux, desde una izquierda muy crítica ante el funcionamiento del mundo académico – del que de todas formas el autor formaba parte-, presentaba *¿Hacemos tabla rasa del pasado?* Si bien su objetivo era otro, el estudio de la construcción de representaciones del pasado por fuera de la historia profesional, a cargo de los nacionalismos periféricos, los trabajadores o las minorías, se aproximaba, desde ya, al examen de cuestiones de memoria.<sup>5</sup> Por último, debe consignarse que

<sup>1</sup> Cfr. PAOLO ROSSI, *El pasado, la memoria, el olvido. Ocho ensayos de historia de las ideas*, Bs.As., Nueva Visión, 2003, p. 16. La cita está tomada del prólogo de la edición de 1991. Del libro de Rossi citado, sugerimos la consulta de los tramos dedicados a la función de las imágenes en páginas 26, 56 y ss. 75 y ss., por ejemplo.

<sup>2</sup> Cfr. PHILIPPE JOUTARD, *Memoria colectiva*, en A. BURGUIÈRE, *Diccionario de ciencias históricas*, [1986], Madrid, Akal, 2005, p. 468. El artículo de Nora mencionado por Burguière es el titulado “Memoria colectiva”, incluido en la obra dirigida por Le Goff, Chartier y Revel que se tituló *La nueva historia*, cuya edición francesa es de 1978, citada más adelante.

<sup>3</sup> Cfr. PIERRE NORA, *Memoria colectiva*, en J. LE GOFF, R. CHARTIER y J. REVEL (dirs.), *La nueva historia*, [1978], Bilbao, Mensajero, 1988, p. 457.

<sup>4</sup> El libro apareció publicado por Alianza, en Madrid, en 1971; la edición francesa es de ese mismo año, llevó por título *La vision des vaincus: Les indiens du Pérou devant la Conquête espagnole, 1530-1570*, y la publicó Gallimard en París. Sobre la relación de la obra con los estudios de memoria véase D. GUIVARC'H, *La mémoire collective. De la recherche a l'enseignement*, «Cahiers d'histoire inmediate», Groupe de Recherche en Histoire Inmediate, Universidad de Toulouse Le Mirail, número 22, 2002, disponible en la web.

<sup>5</sup> Véase JEAN CHESNEAUX, *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores* [1976], Madrid, Siglo XXI, 1984, páginas 44, 45, 62 y siguientes, 211 y siguientes, entre otras.

en 1977, un año antes de la aparición del artículo de Nora, el propio Joutard había publicado su tesis, que examinaba la transmisión oral de recuerdos, las imágenes del pasado y la memoria, organizadas en torno a la rebelión que entre 1702 y 1704 sacudió a las Cévennes y dio origen a la “leyenda de los *camisards*”.<sup>1</sup> En 1979, Jacques Le Goff se hacía cargo por su parte de las entradas correspondientes a los vocablos “Historia” y “Memoria” en la *Enciclopedia* publicada en Italia por la editorial Einaudi. Esos trabajos, reunidos en un libro, se publicaron también en Italia hacia 1982.<sup>2</sup>

Así, entre 1978 y 1986 se contaba ya con trabajos empíricos y artículos programáticos que ponían el análisis histórico de la memoria en un lugar relevante entre los problemas atendidos por los historiadores. En estos mismos años, los que rodean el final de la década de 1970, se producían además algunos otros acontecimientos significativos. En 1980, la revista *Dialectiques* presentaba un número especial titulado *Sous l'histoire, la mémoire*. Ese mismo año, *Annales* publicaba en uno de sus volúmenes un dossier titulado “Archives orales: une autre histoire?”, cuyos artículos estaban dedicados en buena parte a la memoria. Dada la posición de la revista en el mundo de los historiadores, el suceso no era menor.<sup>3</sup>

Haciendo evidente que los problemas de la memoria tenían una conexión fuerte con el presente y, por esas vías, con la política, Pierre Vidal-Naquet, un historiador dedicado a la antigüedad, presentó *Los judíos, la memoria y el presente* – que recogía artículos anteriores – en 1981. Vidal-Naquet discutía las tesis del revisionismo, que objetaba la existencia de las cámaras de gas hitlerianas y de las políticas de exterminio, constituyendo la primera versión del negacionismo.<sup>4</sup> Pronto el debate se vería alimentado por las nuevas polémicas alemanas en torno al Holocausto; a mediados de los años ochenta, en ese contexto, Habermas echaría al ruedo la expresión “uso público de la historia”, título de un artículo publicado a fines de 1986.<sup>5</sup> Es ocioso señalar que la producción referida a la Shoah ha sido cruzada de manera permanente por la cuestión de la memoria. Proceso traumático a escala social por excelencia, convertido incluso en parámetro extraño por su propia excepcionalidad, a su vez en debate, desde los estudios históricos que lo examinan hasta el impacto del documental de Claude Lanzmann, pasando por los esfuerzos – siempre concientes de

<sup>1</sup> Se alude a PHILIPPE JOUTARD, *La légende des camisards: une sensibilité au passé*, Paris, Gallimard, 1977.

<sup>2</sup> Ver JACQUES LE GOFF, *Storia e memoria*, Turín, Einaudi, 1982; las voces “Memoria” e “Storia” en *Enciclopedia*, vol. VIII y vol. XIII, Turín, Einaudi, 1979. Hay versiones en castellano y en inglés, de comienzos de los años noventa, que se citarán en adelante.

<sup>3</sup> Se trata del número 1 de 1980 de *Annales*. Algunos de los participantes y de los artículos son los que siguen: F. RAPHAEL, *Le travail de la mémoire et les limites de l'histoire orale*; N. WACHTEL, *Le temps du souvenir*; Y. LEQUIN; J. MÉTRAL, A la recherche d'une mémoire collective: les métallurgistes retraités de Givors. Sobre el punto, ver D. GUIVARC'H, D: *op. cit.*

<sup>4</sup> Véase PIERRE VIDAL-NAQUET, *Les assassins de la mémoire*, Paris, La Découverte, 1987. Este libro recoge artículos que habían sido reunidos en *Los judíos, la memoria y el presente*, en su primera edición, junto a algunos posteriores. Hay ediciones castellanas de ambas obras.

<sup>5</sup> Acerca de la polémica alemana, puede verse WALTER BERNECKER, *El uso público de la historia en Alemania: los debates del fin del siglo XX*, en JUAN JOSÉ CARRERAS ARES y CARLOS FORCADELL ÁLVAREZ (eds.), *Usos públicos de la historia*, Madrid, Marcial Pons-Premsas Universitarias de Zaragoza, 2003. En torno al problema más amplio que evocamos, véase la Introducción del mismo libro titulada “Historia y política: los usos”, a cargo de los compiladores. La mención del artículo de Habermas, en página 11.

sus propios límites – de Primo Levi por dar testimonio, revelan la proximidad con los problemas de la memoria y la centralidad para su estudio.<sup>1</sup>

A su vez, en los ambientes académicos anglosajones se registraba en 1982 la publicación de *Zakhor; Jewish History and Jewish Memory*, de Josef Yerushalmi, editado por la Universidad de Washington; su autor inscribía el trabajo en la huella de los estudios de Halbwachs y, de acuerdo con Kerving Klein, el libro constituyó uno de los dos “sucesos literarios” que iniciaron el “boom académico” de los trabajos sobre la memoria. El otro suceso habría sido la aparición del primer volumen de la obra de Nora *Les lieux de mémoire*, de 1984. Un año más tarde, en *The Past is a Foreign Country*, editado con el sello de Cambridge University Press, David Lowenthal integraba la memoria en una investigación más amplia. La revista *History and Memory. Studies on Representation of the Past*, con sede en la Universidad de Indiana y lazos con la de Tel Aviv, presentó su primer número en 1989.<sup>2</sup>

También otras especialidades aportaron a ese proceso que ponía a la memoria como uno de los centros de interés historiográfico. La historia inmediata, reciente, del presente, del tiempo presente – a pesar de las diferencias que pueden ocultarse tras denominaciones tan cercanas-, es un caso. En París se había fundado en 1978 el Instituto de Historia del Tiempo Presente, una continuación institucional del Comité de Historia de la Segunda Guerra Mundial; en Italia, las asociaciones dedicadas al estudio de la resistencia comenzaban una paulatina apertura a temas más próximos. Aunque no exclusiva, como demuestran las obras de Yates, Rossi o Le Goff, la proximidad entre una historia que intentara trabajar sobre el pasado reciente y los estudios sobre la memoria es mucha.<sup>3</sup>

La historia oral, por su parte, apelando a procedimientos utilizados en otras disciplinas desde décadas atrás, revelaba su crecimiento y legitimación a través de varios indicios, incluso previos: la fundación de *Oral History: The Journal of the Oral History Society*, en Essex, Inglaterra, en 1972; la de *Oral History Review*, con sede en la Universidad de California, en 1973. El *International Journal of Oral History* se sumó al conjunto en 1980; a partir de entonces, el crecimiento continuó. Libros influyentes, que dejarían huella, fueron también publicados en esos años, como el de Paul

<sup>1</sup> Véase entre otros, FEDERICO FINCHELSTEIN (ed.), *Los alemanes, el Holocausto y la culpa colectiva*, Bs.As., Eudeba, 1999. En lo que hace a la posición de Levi acerca de los más amplios asuntos del testigo, el relato memorial y la explicación histórica, destaco dos fórmulas que me parecen pertinentes y, además, muy adecuadas para expresar mis propias posiciones. En una entrevista realizada en 1983 y publicada en 1995, Levi sostenía que “haber estado implicado personalmente no me ofrece elementos de explicación; puedo proporcionar datos, pero razones no”; véase *Deber de memoria*, Bs.As., Libros del Zorzal, 2006. En *Los hundidos y los salvados*, a su vez, señalaba Levi que “para un verdadero conocimiento del Lager, los mismos Lager no eran un buen observatorio”.

<sup>2</sup> El libro de Yerushalmi tiene una edición castellana, publicada en Barcelona por Anthropos, en 2002, bajo el título *Zajor: la historia judía y la memoria judía*. Las citas, en el mencionado artículo de Klein, p. 127. El volumen compilado por Nora, que llevaba como subtítulo *1. La République*, apareció en 1984 con el sello de Gallimard. Por su parte, el libro de Lowenthal fue publicado en castellano con el título *El pasado es un país extraño*, Madrid, Akal, 1998.

<sup>3</sup> En cuanto a la historia del presente, y en particular a su trama institucional y a las huellas que la Segunda Guerra Mundial dejó en ella, véase JULIO ARÓSTEGUI, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid, Alianza, 2004, p. 23 y ss. Los trabajos de Le Goff, Yates y Rossi han sido citados con anterioridad.

Thompson, *The Voice of de Past*, en 1978; el de Ronald Frazer, una historia oral de la Guerra Civil española titulada *Blood of Spain*, en 1979; *Ces voix qui nous viennent du passé*, de Philippe Joutard, de 1983 y un año más tarde *Torino operaia e fascismo* de Luisa Passerini. Como ocurre con la historia reciente, las cercanías posibles entre la historia oral y los análisis históricos de la memoria no reclaman una explicación larga.<sup>1</sup>

No resulta arbitrario agregar a las especialidades señaladas la “historia desde abajo” británica, también iniciada tiempo antes, y la producción de los Talleres de Historia, que desde 1966, animados por Ralph Samuel, insistían en la reconstrucción de la historia en la perspectiva de los trabajadores comunes, quienes eran entrenados en el uso de las herramientas intelectuales del historiador. A mediados de los años setenta, estos grupos lanzaban su publicación *History Workshop Journal*.<sup>2</sup> El propio Samuel asumiría más adelante, en *Theatres of Memory*, cuyo primer volumen apareció en 1996, los temas de la memoria popular, de su relación con la historia y de la representación del pasado en la cultura inglesa.<sup>3</sup>

Finalmente, una “historia de la historia”, que de acuerdo con Le Goff “debe preocuparse no sólo de la historia profesional”, sino de aquello que denomina a veces cultura histórica -cuyas fuentes serían la literatura, los manuales escolares, el teatro, la novela histórica, los monumentos, las acciones del Estado en torno al pasado, entre otras – viene a cruzarse con los estudios sobre la memoria. Los grupos alemanes que trabajaban desde hacía tiempo en el examen de lo que llamaban conciencia histórica pueden agregarse a este conjunto aún con precauciones.<sup>4</sup>

Podría plantearse entonces, si se asume el relativo grado de arbitrariedad que cualquier recorrido como el propuesto exhibe, que desde una presencia que fue acotada hasta mediados de los años setenta, en la segunda mitad de la década la memoria comenzó a conquistar voluntades en el mundo de los historiadores, acelerándose el proceso a comienzos de los ochenta para llegar hasta la actualidad.

<sup>1</sup> El libro de Thompson fue publicado por Oxford University Press, y el de Joutard, por Hachette en París. El libro de Frazer apareció en Nueva York, con el sello Panteón y bajo el título *Blood of Spain*. El trabajo de Passerini fue publicado por Laterza, Roma/Bari. Acerca de los itinerarios de la historia oral en varios contextos nacionales hasta mediados de los años ochenta, véase la entrada “Historia oral”, a cargo de Philippe Joutard, en A. BURGUIÈRE, *op.cit.*; también JORGE ACEVES LOZANO, *Introducción*, en J. ACEVES LOZANO (comp.), *Historia oral*, México, Instituto Mora, 1993. Cuestiones más inclinadas a los problemas teóricos y de método son analizadas en los artículos reunidos en esa compilación así como en G. PRINS, *Historia oral*, en PETER BURKE (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1993. Véase también PHILIPPE JOUTARD, *Algunos retos que se le plantean a la historia oral del siglo XXI*, «Historia, Antropología y Fuentes Orales», núm. 21, 1999; DORA SCHWARSTEIN (comp.), *La historia oral*. Bs. As., Centro Editor de América Latina, 1991.

<sup>2</sup> Acerca de los talleres de historia, véase R. ARACIL y M. GARCÍA BONAFÉ, *Marxismo e historia en Gran Bretaña*, en [VV. AA.]: *Hacia una historia socialista*, Barcelona, del Serbal, 1983, en particular, pp. 45 y ss.; sobre la historia desde abajo, se sugiere la consulta de JIM SHARPE, *La historia desde abajo*, en PETER BURKE (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1993 y ERIC HOBSBAWM, *Sobre la historia desde abajo* [1985], en *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998

<sup>3</sup> El primer volumen, el único que terminó Samuel, fue publicado por Verso en Nueva York.

<sup>4</sup> La cita de Le Goff en *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*, Barcelona, Paidós, 1991, p. 49 y 50. Las líneas de trabajo alrededor de la conciencia histórica pueden verse en M. RIEKENBERG (comp.), *Latinoamérica: enseñanza de la historia, libros de textos y conciencia histórica*, Bs.As., Alianza/FLACSO/Georg Eckert Institut, 1991. Se sugiere también la consulta de ALEJANDRO CATTARUZZA y ALEJANDRO EUJANIAN, *Políticas de la historia. Argentina, 1860-1960*, Madrid/Bs.As., Alianza, 2003

Así, lo que hoy tal vez aparezca ante el gran público un territorio novedoso es en cambio un terreno muy transitado y con su propia historia. El esfuerzo por detectar los ritmos de este proceso no responde sólo a cierto celo historiográfico sino que se vincula con los intentos de hallar algunas de sus causas.

### 3. CONJETURAS ACERCA DE LAS CAUSAS DE LA TRANSFORMACIÓN DE LA MEMORIA EN UN PROBLEMA HISTORIOGRÁFICO: MÁS ALLÁ DE LA ACADEMIA

Se trata, entonces, de examinar cómo los historiadores explicaron que la memoria, las acciones que buscan controlarla o liberarla, el olvido, los recuerdos, su producción y su poder, las prácticas de conmemoración, se convirtieran en cuestiones que los historiadores comenzaron a entender relevantes a partir de la segunda mitad de la década de 1970. La búsqueda de respuestas reclama alguna consideración sobre las evidencias ya expuestas.

Hasta el momento, se ha recurrido a fenómenos que tienen lugar, en su mayor parte, en el mundo de la historia profesional; la fundación de revistas especializadas, la organización de programas de investigación, la creación de instituciones, la publicación de libros. Incluso las opiniones de historiadores que han sido citadas se apoyaban en el mismo tipo de información. En esos ámbitos, la aparición de nuevos centros de interés, el uso de fuentes olvidadas o la aplicación de metodologías novedosas son sucesos corrientes. Desde estas perspectivas, la preocupación de los historiadores por la memoria podría instalarse con tino en un movimiento historiográfico mayor que, también desde mediados de los años setenta, se inclinó a examinar las representaciones colectivas, los fenómenos culturales, las estrategias de los actores y sus perspectivas, luego de la preocupación por los temas estructurales abordados en escala macro, hegemónica en las décadas anteriores; estas grandes orientaciones se desarrollaron en la misma coyuntura que el proceso que se estudia aquí. Así, el interés por la memoria puede ser visto como uno de los productos de las transformaciones ocurridas en el seno de la profesión. A pesar de ello, sin embargo, los propios historiadores han recurrido con frecuencia a procesos que se desplegaban fuera de sus instituciones, incluso en climas culturales amplísimos, al momento de buscar las causas del crecimiento de este interés.<sup>1</sup>

Paolo Rossi, por ejemplo, avanzaba una breve hipótesis a comienzos de los años noventa: “el actual, casi espasmódico interés por la memoria y el olvido”, sostenía el historiador italiano, “está ligado al terror que sentimos por la amnesia, a las siempre nuevas dificultades que se interponen a nuestros intentos de conectar, de

<sup>1</sup> Puede tener algún interés el cotejo del cuadro que surge de las citas que siguen, así como la idea de la existencia de un ciclo memorial europeo, que se menciona más adelante, con el que Andreas Huyssen ha planteado en varias oportunidades. En la precisa versión de Rabotnikof, Huyssen reconoce un primer momento de expansión y reformulación de los discursos de la memoria, asociada a las guerras de liberación nacional, con fuertes tonos de impugnación política y recuperación de tradiciones, que se habría dado en los años sesenta. Puede verse ANDREAS HUYSEN, *Twilight Memories. Marking Time in a Culture of Amnesia*, Routledge, 1995 y *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, Fondo de Cultura Económica/Goethe Institut, 2002, así como N. RABOTNIKOF, Política, memoria y melancolía, «Fractal, Revista Trimestral», disponible en la web.

un modo aceptable, el pasado, el presente y el futuro”. La proposición, está claro, no se refería al temor de los historiadores, sino a un temor social; el “nosotros” de Rossi parece aludir a la sociedad europea, u occidental si este término fuera pertinente, de fines del siglo xx. A su vez, Ignacio Olábbarri agregaba poco más tarde una conjetura acerca de las orígenes de esa incapacidad de articular pasado y presente, diagnóstico al que otorga verosimilitud; ellos se hallarían en los amplios procesos de modernización de sociedades tradicionales en el Tercer Mundo, que acarrear quiebres y desajustes en los modos de vida, en los estilos de la sociabilidad y aún en las identidades.<sup>1</sup> Pierre Nora – que no sólo había lanzado su programa en 1978, sino que lo había llevado adelante, publicando entre 1984 y 1992 los varios volúmenes de una obra colectiva por él dirigida, *Les lieux de mémoire* – apuntaba en una dirección semejante a la de Rossi: “se habla tanto de la memoria porque ella no existe más”, argumentaba Nora, para insistir luego en que “el pasado ya no es la garantía del porvenir; esa es la razón principal de la promoción de la memoria como un agente dinámico y la única promesa de continuidad”.<sup>2</sup> Una paradoja parece insinuarse por detrás de estos argumentos.

Ante la situación en Estados Unidos e Inglaterra y con aspiraciones analíticas todavía más amplias, David Lowenthal había ofrecido algunas observaciones que resultan de interés:

“Hoy en día [, 1985,] el pasado está también omnipresente en su abundancia de evocaciones [...]. Los adornos de la historia, en otro tiempo confinados en un puñado de museos y tiendas de antigüedades engalanan ahora todo el país. Se miman todas las cosas dignas de recuerdos, desde las reliquias de la Independencia americana a los objetos de Auschwitz [...].

“Tradiciones y *revivals* dominan las artes y la arquitectura, los escolares profundizan en la historia local y en los recuerdos de los abuelos; las novelas históricas y los cuentos de antaño inundan todos los medios de comunicación de masas”.

Continuaba argumentando Lowenthal que “los norteamericanos, desarraigados durante mucho tiempo y, desde hace poco, inseguros de su futuro, se consuelan *en masse* mirando hacia atrás”, para extender luego su análisis: “un americano que haya ido al Reino Unido descubre tendencias similares incluso en una nación como esta, que se siente más segura por tener una identidad colectiva más antigua”.<sup>3</sup> Vale la pena retener, por una parte, que Lowenthal no se refiere aquí a la constitución de la memoria en un objeto de estudio de los historiadores, sino a un movimiento

<sup>1</sup> Cfr. Respectivamente P. ROSSI, *op.cit.*, p. 31 e IGNACIO OLÁBARRI, *La resurrección de Mnemósine: historia, memoria, identidad*, en I. OLÁBARRI y F. CAPISTEGUI (eds.): *La nueva historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Editorial Complutense, 1996, pp. 145 y 146. De todos modos, esta impresión de desconexión no era nueva; Koselleck ha señalado que ya Tocqueville, en *La democracia en América* (1835-1840) sostenía: “Desde que el pasado ha dejado de arrojar su luz sobre el futuro, el espíritu humano anda errante en las tinieblas.”. La cita en R. KOSELLECK, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 49. Vale la pena atender a algunas intervenciones en medios masivos de comunicación del propio Koselleck sobre la memoria colectiva.

<sup>2</sup> Cfr. P. NORA, *Entre mémoire et histoire*, en P. NORA, *Les lieux de mémoire*, París, Quarto/Gallimard, 1997 [1984-1992], tomo 1, p. 23, para la primera cita; la segunda, en JEAN-PIERRE RIOUX, *La memoria colectiva*, en J-P. RIOUX y J-F. SIRINELLI (dirs.), *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1998, p. 348.

<sup>3</sup> Cfr. DAVID LOWENTHAL, *El pasado es un país extraño*, Madrid, Akal, 1998 [1985], pp. 5 y 6

social mucho más amplio de apelación y evocación del pasado; por otra, que el fragmento revela una convicción muy extendida en torno a los vínculos que enlazan la apelación al pasado en cualquiera de sus formas, la memoria y la identidad colectiva, esta vez en clave nacional.

Más adelante, Philippe Joutard sostuvo que mientras duró “lo que se ha convenido en llamar los ‘Treinta Gloriosos’ [...] la modernización acelerada del país era incompatible con un anclaje en el pasado”. Sin embargo, continuaba argumentando, “a fines de los años setenta, el clima era muy diferente: el tiempo del crecimiento había terminado, el de [la búsqueda de] las raíces comenzaba”.<sup>1</sup> Para Jean-Pierre Rioux, a fines de los años setenta “los franceses, inmovilizados por la crisis, comenzaron a mirar [...] con complacencia y ternura las supuestas armonías anteriores. Todo era pretexto para el *passéisme* [...], el hobby, la tarjeta postal y la ropa de la abuelita, la genealogía hecha por aficionados [...]. El éxito del Año del Patrimonio [...] [1980] fue el llamado a una memoria que dotaba de raíces y resultaba tranquilizadora”. Señalaba más adelante Rioux críticamente: “cada individuo, cada grupo formal o informal, era quien proclamaba públicamente su identidad y casi pretendía ser su propio historiador”.<sup>2</sup> En la versión de Pomian, tuvieron también un papel destacado las transformaciones que la vida familiar y las relaciones entre generaciones habían sufrido en la etapa anterior, la del crecimiento económico y la integración social. Con esas modificaciones, sostenía Pomian, cambiaban también los mecanismos de transmisión de la memoria y ello habría impulsado, luego del fin de aquella etapa, “a restablecer la continuidad, a recordar al mundo desaparecido, a preservarlo y a hacer conocer sus vestigios memoriales y materiales”.<sup>3</sup>

Algo más tarde, otro proceso político-social de la mayor importancia realimentó el fenómeno. El derrumbe del bloque soviético, entre 1989 y 1991, produjo lo que algunos autores concibieron como una “liberación de la memoria”, por efecto del fin de la censura estatal. Los estados de Europa oriental habían desplegado varias operaciones para controlar las memorias – grupales, étnicas, nacionales, religiosas, de clase en algún ocasión – que podían contribuir a la impugnación del régimen por la vía de legitimar disidencias presentes, dotándolas de un anclaje en el pasado; también la producción erudita sobre el pasado había sido objeto de censura.<sup>4</sup> Sin ninguna duda, en los Estados europeos o americanos con regímenes constitucionales también habían tenido lugar, desde el siglo XIX, intentos estatales de intervención en torno a las representaciones del pasado, a su uso y a la memoria colectiva, pero sus mecanismos solían estar notoriamente más mediados que en Europa oriental durante la Guerra Fría. La crisis del bloque comunista europeo, y luego la de la Unión Soviética, llevó entonces a que los productos de aquellas memorias y las acciones

<sup>1</sup> La cita de Joutard, en su trabajo *L'enseignement de l'histoire*, incluido en F. BÉDARIDA (dir), *L'histoire et le métier d'historien en France 1945-1955*, Paris, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1995, p.50.

<sup>2</sup> Cfr. J-P. RIOUX, *La memoria colectiva*, citado, pp. 344 y 345.

<sup>3</sup> Cfr. K. POMIAN, *op. cit.*, p. 265. .

<sup>4</sup> Ejemplos de análisis de los intentos de control de la memoria y de la historiografía en la Unión Soviética y en Europa Oriental pueden hallarse en B. BACZKO, *La Polonia de Solidaridad: una memoria explosiva*, en su obra *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Bs.AS., Nueva Visión, 1991 [1984] y N. W. HEER, *Politics and history in the Soviet Union*, Cambridge, MIT Press, 1973, que se concentra en la producción historiográfica en sentido estricto.

impulsadas para recuperarlas – la publicación de libros de historia, la filmación de películas que reinterpretaban el pasado reciente o lejano, la recuperación de denominaciones urbanas tradicionales y hasta la de los viejos símbolos, entre tantas otras – pudieran circular y desarrollarse con mayor facilidad en el espacio público, superando la transmisión privada que las había alimentado hasta entonces.

Ciertos historiadores, por último, señalan que otro factor, más modesto y menos espectacular, pero más continuado, tuvo relevancia para los temas de la memoria, al menos en condición auxiliar. Durante los últimos 150 años, “la fotografía, la fonografía, el cine, la radio, la televisión, el video crearon en forma conjunta una nueva memoria colectiva objetivada bajo la forma de imágenes, discos, filmes, bandas magnetofónicas, cassettes, accesible a un público que se amplía al ritmo de la baja de los precios y de los progresos técnicos que vuelven cada vez más fácil el manejo de aparatos de registro y reproducción”, ha sostenido Pomian.<sup>1</sup> Es claro que, por una parte, ese movimiento torna menos complicada para el historiador la creación de fuentes a través de las entrevistas, acción privilegiada en la historia oral y vinculada potencialmente, en consecuencia, al estudio de la memoria. Por otra, puso a disposición de muchos más individuos, entre ellos miembros de los grupos subalternos, mecanismos para conservar imágenes y huellas de su propio pasado; un pasado íntimo, personal, familiar, cuyos vestigios sin embargo constituyen un precioso material documental para indagar procesos más amplios. Así, estos cambios técnicos han tenido un efecto en cierto sentido democratizador, ya que han ampliado sustantivamente el rango de testimonios que la gente corriente, voluntariamente o no, deja de sus vidas; quizás ellos hayan contribuido en algo, como señalaba Jim Sharpe sobre la historia desde abajo, a que quienes no han “nacido con una cuchara de plata en la boca” se convenzan “de que tenemos un pasado, de que venimos de alguna parte”.<sup>2</sup>

Así, de acuerdo con estos pareceres, las transformaciones que contribuyeron a convertir a la memoria en un tema importante para la historiografía europea y norteamericana no fueron sólo, ni fundamentalmente, de orden académico; se ha señalado ya que “pocos académicos prestaron atención a la memoria hasta la gran oleada de interés popular por la literatura autobiográfica, la genealogía familiar y los museos, que caracterizó a los años setenta”.<sup>3</sup> Ese interés popular, según las versiones aquí citadas, se enlaza con un cambio de clima social y cultural ocurrido durante la segunda mitad de la década de 1970 y comienzos de la siguiente, en razón del fin de las tres décadas de crecimiento sostenido en el mundo capitalista, de la crisis de ciertas políticas públicas propias del Estado de bienestar y de la desestabilización de algunas grandes interpretaciones de la realidad que hallaban en el pasado la clave para vislumbrar los futuros posibles y trabajar por ellos. Los procesos de transformaciones aceleradas en las formas de organización social, las identidades colectivas en crisis, las dificultades para articular pasado y presente, luego las inquietudes ante un futuro sin certidumbres, que su vez aparecía desligado del pasado, eran rasgos de esa coyuntura que habrían contribuido a dotar a la memoria de

<sup>1</sup> Véase POMIAN, *op. cit.*, p. 338.

<sup>2</sup> Véase el trabajo citado de J. SHARPE, p. 58.

<sup>3</sup> Cfr. KLEIN, *op. cit.*, p. 127.

significatividad. El gran movimiento social y estatal cuyo eje era una apelación al pasado que asumía muchas y heterogéneas formas, se estaría desplegando en esos tiempos como uno de los resultados de aquel cambio.<sup>1</sup>

En el más estrecho mundo de la academia, esas grandes tendencias se cruzaban con otras, específicamente historiográficas, que ya se han mencionado aquí y que hacían de la cultura y los procesos simbólicos un campo particularmente atendido. Es probable que, cerrando el círculo, tal reorientación del interés académico fuera también uno de los frutos de aquel cambio de clima.

Ante este panorama, se ha planteado que en toda Europa un gran ciclo memorial se desplegó luego de la Segunda Guerra Mundial; “tras una fase de ‘amnesia’” se “iniciaría una recuperación de la memoria, desembocando finalmente en una [...] auténtica ‘efervescencia memorial’, en la que se multiplicaría el uso de la palabra pública por actores y víctimas de toda clase y condición, rindiendo testimonio de su experiencia personal”; en esa escala, del olvido se pasó a la cultura de la memoria.<sup>2</sup> De todos modos, aquel amplio “ciclo de la memoria” exhibe tonos nacionales también acusados, que se perciben con facilidad si se observan los ejemplos de Francia, Alemania o España.<sup>3</sup> Tan distante, la situación argentina revela también dinámicas y rasgos diferenciados, como se verá.

#### 4 ¿UN CASO ARGENTINO?

El proceso que llevó a la memoria a un lugar destacado de la agenda historiográfica a escala internacional y asimismo el ciclo social de la memoria, como se ha señalado, exhiben matices nacionales aún en el horizonte europeo. Vistos en conjunto, ellos ofrecen sin embargo un marco inicial y provisorio que ayuda a iluminar algunos de los tonos locales también para la Argentina.

Al momento de la constitución de la memoria en objeto de estudio relevante en la historiografía occidental, esto es, a partir de la segunda mitad de los años setenta y comienzos de los ochenta, se vivían en la Argentina los tiempos de la dictadura iniciada con el golpe militar de 1976, que se extendió hasta fines de 1983. Los miembros de los elencos que ocuparon las primeras líneas de las carreras universitarias de historia y del sistema de investigación durante ese período, con alguna excepción, estaban muy lejos de imaginar que su disciplina pudiera tratar tales asuntos. Esa actitud no devenía sólo de sus posiciones ideológicas, sino también de preferencias historiográficas: a lo largo de los años sesenta, la historia económica y social había

<sup>1</sup> A pesar de que este cuadro luce sólido, debe reconocerse que algunos argumentos de los que se han expuesto no terminan de alinearse por completo; así, por ejemplo, la modernización, ¿impulsó la evocación del pasado y la preocupación por la memoria, como plantea Olábarri, o por el contrario, como argumenta Joutard, fue incompatible con un anclaje en el pasado? De todas maneras, el esquema general parece funcionar.

<sup>2</sup> Es esta una glosa que, de los argumentos expuestos por H. ROUSSO, *La guerre d'Algerie et la culture de la mémoire*, en *Le Monde*, 5 de abril, 2002, realizaron Carreras Ares y Forcadell Álvarez en la obra que se citó con anterioridad, p. 42, nota 71

<sup>3</sup> Acerca de estos casos, véase H. ROUSSO, *Le syndrome de Vichy*, Paris, Seuil, 1987; W. BERNECKER, *El uso público de la historia en Alemania: los debates del fin del siglo XX*, citado y M. PÉREZ LEDESMA, “La guerra civil y la historiografía: no fue posible el acuerdo”, mimeo, 2004. En estos tres ejemplos, Vichy y la guerra de Argelia, el debate sobre el nazismo en Alemania y el impacto de la transición posfranquista sobre las imágenes de la guerra civil se hallan en el origen de esos rasgos peculiares.

hecho pie en algunas instituciones universitarias, pero durante la dictadura militar el retorno de los temas y las perspectivas más tradicionales fue evidente. Por otro lado, si bien en los centros de investigación privados se registraba la presencia de profesionales que estaban al tanto de la evolución de la producción internacional, allí la cuestión de la memoria no llamó la atención de grupos significativos.

El final de la dictadura y la restauración democrática significaron un cambio de etapa en la vida política y cultural argentina. El fin del riesgo permanente de ser encarcelado o muerto por el delito de opinión, que existió durante la dictadura, fue un dato crucial para el mundo de los intelectuales; para las ciencias sociales y la historiografía, el clima de apertura cultural permitió el reestablecimiento de relaciones con autores, bibliotecas de referencia y centros de investigación hasta entonces prohibidos o ajenos al interés de las corrientes dominantes.

Pero también se hizo claro en esos años de transición que los asuntos relacionados con la memoria exhibían, en la Argentina, un costado muy fuertemente atado a esferas ajenas a la historiografía profesional, como se ha señalado al comienzo de este artículo. La dictadura en cuestión había practicado una forma peculiar de terrorismo de Estado, que halló en la desaparición forzada de personas, ejecutada habitualmente en la clandestinidad por grupos militares y paramilitares, su mecanismo más distintivo y el más conocido a escala internacional. Ese carácter clandestino, y otras circunstancias que se mencionan más adelante, hacían de los productos de la memoria piezas aún más importantes que lo habitual en las batallas políticas y judiciales del momento.

Si bien algunos organismos de derechos humanos y grupos políticos denunciaron la situación tempranamente, durante la misma dictadura, la dimensión de la represión, la ubicación y el número de los centros clandestinos de detención, los detalles de la tortura y de los llamados “vuelos de la muerte”, en los que prisioneros aún vivos eran arrojados al mar o al Río de la Plata, la apropiación en los operativos de niños, muchos de ellos privados de su identidad todavía hoy, fueron datos que tuvieron circulación amplia en los medios de comunicación recién a partir del fin de la dictadura.<sup>1</sup> Esa primera etapa de circulación pública y masiva de la información disponible – que aparecía fragmentaria, parcial, oculta o destruida en parte – se produjo en una etapa que incluyó un importante juicio a las cúpulas militares responsables en 1985, pero también una presencia todavía amenazante de la fuerza militar y algunos conatos de rebelión de oficiales en los años siguientes. En la etapa previa al juicio se presentó un informe con testimonios y documentos, titulado *Nunca más*, y en las sesiones orales del juicio sobrevivientes y testigos dieron sus propias versiones de los procesos de secuestro y reclusión clandestina; los desaparecidos que habían logrado sobrevivir hablaban ahora, junto a otros testigos, en un claro ejercicio público de memoria.<sup>2</sup> En esa oportunidad, el tono dominante

<sup>1</sup> Se sugiere la consulta de ENZO TRAVERSO, *Memoria, olvido, reconciliación: el uso público del pasado*, en JORGE CERNADAS y DANIEL LVOVICH (eds.), *Historia ¿para qué?*, Bs.As, Universidad Nacional de General Sarmiento/Prometeo Libros, 2010. Allí, el autor también propone que la situación argentina presenta notas propias, pero entre ellas destaca el hecho de que la memoria de la dictadura se construyó durante su vigencia. Véase en particular p. 62 y ss.

<sup>2</sup> Consultar, sobre estas cuestiones, EMILIO CRENZEL, *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*, Bs.As. Siglo XXI, 2008.

en los testimonios fue el de las víctimas, “con todas sus características arquetípicas de pasividad, inocencia y pureza”.<sup>1</sup> Las huellas del compromiso y la militancia fueron, en la mayoría de las declaraciones, obviadas y, en consecuencia, borradas. En la actualidad, en cambio, y desde hace poco menos de una década, ellas fueron recuperadas tanto ante la justicia como en la intervención política: se trataba, claro, de víctimas, pero en la actualidad se destaca su condición militante. Varias tareas se hicieron desde el comienzo de la etapa democrática más intensas, organizadas y sostenidas, al punto que todavía hoy continúan llevándose adelante: los intentos de hallar a los niños apropiados y la búsqueda de restos de desaparecidos y su identificación, ambas muy complejas, son dos de las más importantes. Por su parte, los militares negaron que hubieran existido archivos unificados de la represión.

Retornando a la historia universitaria y a los años inmediatamente posteriores al fin de la dictadura, se registra que esos ámbitos se reconstruyeron como espacio social profesionalizado; en un nivel importante de generalización la inclinación más extendida fue a la reconexión con la historia económica y social de los años sesenta. Sin embargo, con alguna rapidez se pusieron en marcha iniciativas instaladas en el terreno de la historia oral, aunque no en lugares centrales del sistema. En esa especialidad se contaba con un antecedente lejano, ya que a partir de 1970 se había desarrollado una experiencia temprana con base en el Instituto Di Tella y colaboración del Departamento de Historia Oral de la Universidad de Columbia, que culminó en la constitución de un Archivo de Historia Oral que alberga entrevistas realizadas a personas que habían alcanzado alguna visibilidad pública, en general dirigentes políticos y sindicales.

En los primeros años de la etapa democrática, se puso en marcha un proyecto de historia oral de la Universidad de Buenos Aires, dirigido por Dora Schwarzstein, que devino en la constitución de un Archivo Histórico Oral de la UBA, con unas 125 entrevistas. El Programa de Historia Oral del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires se creó en 1986, menos centrado en las elites; gran parte de su material fue recogido en talleres barriales. En la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA se organizaba a su vez un Programa de Historia Oral a comienzos de la década de 1990; también en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo se ponía en marcha, en esas fechas, un Programa similar. Hacia 1993 se celebraba el Primer Encuentro Nacional de Historia Oral; en la actualidad, además de los citados, existen otros centros y publicaciones en el interior, como por ejemplo el Centro de Información y Relevamiento de Fuentes Orales, con sede en la Universidad Nacional de la Patagonia Austral, y el Archivo de la Memoria de la Universidad Nacional del Sur (1999). Museos y otras instituciones han impulsado en los últimos tiempos iniciativas de este mismo tipo, cuya permanencia y dinamismo depende de variables incluso extraacadémicas, pero que no pueden desconocerse.

De todas maneras, los ritmos de los estudios sobre la memoria no se reducen exclusivamente a los de la historia oral, a pesar de las proximidades. Fue sólo en la segunda mitad de los años noventa cuando la memoria irrumpió con fuerza en

<sup>1</sup> Cfr. MARINA CATTARUZZA, *How Much does Historical Truth Still Matters?*, «Historein 11», 2011, p. 54; disponible en <http://historeinonline.org/index.php/historein/article/view/139/137>.

el horizonte historiográfico argentino, y en ese proceso sociólogos y otros científicos sociales jugaron un papel de importancia.<sup>1</sup> Una cronología inicial indicaría que varias líneas de trabajo se consolidaron a partir de 1996-1997 para devenir en libros desde 2000, aproximadamente. En lo que hace a la base institucional, en 1999 se creaba la Biblioteca Memoria, en el marco del Programa de Investigación y de Formación de Investigadores Jóvenes “Memoria colectiva y represión: perspectivas comparativas sobre el proceso de democratización en el Cono Sur de América Latina”, impulsado por el Social Science Research Council y con sede inicial en la Facultad de Filosofía y Letras y actual en el Instituto de Desarrollo Económico y Social. Ese mismo complejo comenzó a publicar una colección de libros titulada *Memorias de la represión*, que se mueve en el horizonte latinoamericano.<sup>2</sup> Haciendo evidente que la cuestión de la memoria no atañe sólo a los habitantes del mundo académico, también en 1999 se creaba Memoria Abierta, una iniciativa conjunta de varios organismos de derechos humanos que, con la participación de profesionales de las ciencias sociales, ha organizado un Archivo Oral con unas 700 entrevistas y unos 27.000 documentos hasta la actualidad; los temas de la militancia política, el exilio y la represión en los años setenta son los dominantes.

<sup>1</sup> Véase, acerca de la cuestión en historia, LUCÍA BRIENZA, *La escritura de la historia del pasado reciente en la Argentina democrática*, en “Anuario”, Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti” (CEH) Año 8, N° 8, Córdoba, Argentina, pp. 223 a 241; se sugiere también la consulta de ALEJANDRO CATTARUZZA, *Los años sesenta y setenta en la historiografía argentina (1983-2008). Una aproximación*, en “Nuevo mundo, mundos nuevos”, 2008; <http://nuevomundo.revues.org/index30462.html>

<sup>2</sup> El primer volumen de la colección es el de ELIZABETH JELIN, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, 2002. Los que siguen son algunos de los trabajos locales dedicados a la cuestión; la lista no tiene pretensión de exhaustividad y no incluye las recopilaciones de testimonios orales o de otro tipo, ni tampoco artículos publicados en revistas: D. JAMES, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Bs.As., Sudamericana, 1990; D. JAMES, *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*, Bs.As., Manantial, 2004; P. CALVEIRO, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina*, Bs.As., Colihue, 1998; P. CALVEIRO, *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Bs.As., Norma, 2005; M. OLLIER, *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*, Bs. As., Ariel, 1998; S. JENSEN, *La huida del horror no fue olvido: el exilio político argentino en Cataluña (1976-1983)*, Barcelona, M.J. Bosch-Cosofam, 1998; R. SAUTU (comp.), *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*, Bs.As., De Belgrano, 1999; P. DREIZIK (comp.), *La memoria de las cenizas*, Bs.As., Patrimonio Argentino, 2001; D. SCHWARZSTEIN, *Entre Franco y Perón: memoria e identidad del exilio republicano español en la Argentina*, Barcelona, Crítica, 2001; M. LOBATO, *La vida en las fábricas, trabajo, protesta y política en una comunidad obrera (1904-1970)*, Bs.As., Prometeo / Entrepasados, 2001; P. POZZI, *Por las sendas argentinas... El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Bs.As., Eudeba, 2001; H. VEZETTI, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Bs.As., Siglo XXI, 2002; J. SAZBÓN, *Historia y representación*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2002; C. GODOY (comp.), *Historiografía y memoria colectiva*, Madrid/Buenos Aires, Miño y Dávila, 2002; D. FEIERSTEIN y G. LEVY, *Hasta que la muerte nos separe. Poder y prácticas sociales genocidas en América Latina*, La Plata, Al Margen, 2004; M. I. MUDROVIC, *Historia, narración y memoria*, Madrid, Akal, 2005; A. LONGONI, y E. JELIN, *Escrituras, imágenes y escenarios ante la represión*, Siglo XXI, Madrid/Bs.As., 2005; V. CARNOVALE, F. LORENZ y R. PITTALUGA (comps.), *Historia, memoria y fuentes orales*, Bs.As., Cedinci/Memoria Abierta, 2006; F. LORENZ, *Las guerras por Malvinas*, Bs.As., Edhasa, 2006; S. JENSEN y P. YANKELEVICH (comps.), *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar*, Bs.As., del Zorzal, 2007; una perspectiva que excede los problemas de la memoria y el caso argentino en M. FRANCO y F. LEVÍN, *Historia reciente*, Bs.As., Paidós, 2007; E. CRENZEL, *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*, Bs.As. Siglo XXI, 2008; C. FELD., y J. SITTES MOR (comp.), *El pasado que miramos. Memoria e imagen ante la historia reciente*, Bs.As., Paidós, 2009; D. FEIERSTEIN: *Memorias y representaciones. Sobre la elaboración del genocidio*. Bs.As., Fondo de Cultura Económica, 2012.

Desde esos momentos, que rodean al cambio de siglo y son previos a la gran crisis económica y política local de 2001, se produjo una ampliación del número de investigaciones y publicaciones sobre la memoria, acompañada por la celebración de encuentros científicos y la organización de cursos de especialización y maestrías específicamente dedicados al tema.<sup>1</sup> Tesis de posgrado y doctorales y becas de investigación financiadas por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), el principal organismo nacional de planificación y financiamiento de la investigación científica, y las universidades vienen a completar el cuadro: la memoria es en la Argentina de hoy un sector de la investigación histórica – y de las ciencias sociales en general – que ha alcanzado plena legitimidad y se encuentra en expansión.

Así, de acuerdo con los datos expuestos, puede sostenerse que la cronología argentina en lo que hace a los estudios históricos sobre la memoria no se alinea con la europea y norteamericana, a pesar de alguna proximidad en el caso de la historia oral y de que los ritmos se hayan acompasado en los últimos tiempos. Peculiaridades semejantes, como se ha indicado, se daban también en algunos países europeos y es probable que existan en el escenario latinoamericano.

El proceso local exhibió también otras notas singulares. Una de ellas es que la tendencia mayoritaria en la Argentina se inclina a la recolección de fuentes asociadas a la producción de la memoria y a su utilización en exploraciones históricas que, en buena parte, toman al período de la dictadura y sus temas – el terrorismo de Estado, los centros clandestinos de detención, la militancia armada, el exilio, entre otros-, como objeto de análisis. Puesto de otro modo, no es el estudio paradigmático uno dedicado a los mecanismos de control estatal de las memorias colectivas a fines del siglo XIX, o a las huellas memoriales de la experiencia obrera en los años treinta, por ejemplo, sino uno que, utilizando muy a menudo los procedimientos de la historia oral y los productos de la literatura de la memoria, intenta explicar algún aspecto de los años setenta, con una concentración temática y cronológica en la dictadura que comenzó en 1976. Es evidente que son de objetos de estudio diferentes, aunque tengan puntos en común.

El tercero de aquellos rasgos que adoptó en la Argentina este fenómeno obedece a una forma peculiar de articulación entre el campo historiográfico y climas político-culturales que lo exceden. Entre los movimientos internos se cuenta la circunstancia de que historiadores miembros de una generación formada académicamente en tiempos de la democracia está desarrollando una producción que ha alcanzado visibilidad, exhibiendo actualización en la biblioteca de referencia y vínculos con el exterior que alientan las investigaciones de la historia del tiempo presente y de la historia oral, entre otras, impactando en el terreno de los estudios de la memoria. Al mismo tiempo, es evidente la existencia de un compromiso político y existencial diverso de aquel que las generaciones anteriores de historiadores tenían con los procesos de la violencia política y la dictadura. Los estudios sobre estas cuestiones tienen entonces, aquí, un cierto tono generacional.

<sup>1</sup> En la Universidad Nacional de La Plata se ha organizado una Maestría en Historia y Memoria en colaboración con la Comisión Provincial de la Memoria, en otro caso de vínculos con el mundo externo a la academia.

¿Es posible asociar los ritmos que tuvo el crecimiento de los estudios sobre la memoria en la Argentina a fenómenos ocurridos en el universo político-cultural? Si algo queda claro a esta altura de la investigación es que el establecimiento de relaciones causales evidentes y directas entre uno y otro ámbito resulta complicado; el movimiento de fondo parece estar más pautado por fenómenos propios del espacio historiográfico. Un estudio detenido del ciclo social de la memoria y de las política en torno a ella en la Argentina postdictatorial excede en mucho el objetivo de este trabajo; un cuadro de trazo grueso indicaría que luego del juicio de 1985 a las juntas militares, se inició paulatinamente una tendencia estatal al freno de las causas judiciales que culminó, extremada, con los indultos de comienzos de los años noventa. Sin embargo, las organizaciones de derechos humanos continuaron con sus denuncias y su trabajo en la justicia, reorientado más adelante hacia el reconocimiento de los delitos cometidos durante la represión como delitos de lesa humanidad, con lo que se evitaba la prescripción de las causas. A partir de 2003, en un contexto político transformado, comenzaron a desarrollarse nuevas y muy activas políticas de la memoria. A pesar de lo sumario de este cuadro, pueden señalarse algunas coyunturas en las que ciertos fenómenos “externos” parecen haber incidido en el mundo de los historiadores: la conmemoración del vigésimo aniversario del golpe de 1976, enlazado con las declaraciones de un represor que admitía los vuelos de la muerte, por ejemplo, en la segunda mitad de los años noventa. Ya en 1997, en un diario de gran circulación se señalaba que productos de la literatura de la memoria alcanzaban cifras de ventas muy importantes, cuando en la historia universitaria se iniciaba el movimiento de expansión.<sup>1</sup> Quizás pueda detectarse algún otro cruce significativo a partir de 2003 cuando, como se indicó, el gobierno de Néstor Kirchner dio nuevo impulso a las causas judiciales en las que se juzgan a los represores por la comisión de delitos de lesa humanidad, promoviendo la anulación de indultos y leyes del perdón previas. En 2006, la conmemoración de los 30 años del último golpe militar merece también considerarse como alternativa. En esta dos últimas oportunidades, debe sin embargo tenerse en cuenta que aquellos cambios, si incidieron, lo hicieron fundamentalmente en el plano de la conquista de estado público – por la vía de congresos específicos, publicaciones, presencia en los medios – de investigaciones iniciadas varios años antes.

A pesar de las mediaciones existentes entre el espacio de la historia profesional y su contexto, queda también claro que los estudios locales sobre estos temas tienen una carga política más fuerte que en otros ámbitos, tal como se ha afirmado con anterioridad; ese rasgo es también propio de la situación argentina, tanto en lo historiográfico como en lo político. Así, la desarticulación de las relaciones entre pasado y presente, la imposibilidad de proyección de futuros que se fundaran en ellas, las crisis de identidades colectivas, que habrían caracterizado el proceso de transformación de la memoria en un tema histórico central en los países europeos y en Estados Unidos, dándole a tantas investigaciones un tono general de lejanía posmoderna, no se hacen presentes aquí. Por el contrario, los estudios históricos sobre la memoria y otras especialidades cercanas suelen ser un sector donde el costado

<sup>1</sup> Se trata del diario *Clarín*, publicado en Buenos Aires, del 15 de mayo de 1997.

político de la tarea del historiador no es eludido y, en cambio, es corriente que se lo asuma con cierta intensidad.

Puede sostenerse, entonces, la existencia de un caso argentino que exhibe las singularidades señaladas: una cronología propia en la incorporación de la memoria a los objetos de investigación de los historiadores; un anclaje importante de esa incorporación en las evoluciones de la historiografía profesional; una concentración en los problemas de los años setenta – la lucha armada, la violencia política, la represión y el terrorismo de Estado, el exilio-; una marca generacional entre quienes se dedican a estos asuntos; una dimensión política fuerte en la producción historiográfica sobre la memoria.

## 5. OTRAS PERSPECTIVAS

Luego de un recorrido como el que se ha organizado en los apartados anteriores, es posible retomar algunas consideraciones amplias sobre los problemas de la memoria, la historia y sus relaciones, que se exponen en las páginas que siguen. Más allá de los tonos locales y las diferencias entre los contextos políticos de producción, pueden detectarse en la bibliografía, con las precauciones imprescindibles, algunas interpretaciones de gran alcance y muy extendidas. Una de ellas es la que propone la existencia de un conflicto librado en el escenario social entre aquello que denomina la historia y la memoria; el conflicto, se argumenta, habría atravesado al menos los últimos doscientos años, aproximadamente. Otra, que hace referencia al presente y se enlaza en muchas oportunidades con el anterior, plantea el desarrollo de una disputa que configura apelando a los mismos términos, historia y memoria, pero los ciñe al mundo de los discursos: el de los historiadores, por una parte, y el discurso de la memoria, sostenido en la producción de testigos y participantes, por otra.

Quienes adscriben a la primera de las interpretaciones mencionadas, más dispersa que orgánica, subrayan la existencia de una acción estatal en torno a la memoria colectiva y a las representaciones del pasado – cuyo comienzo suelen ubicar hacia mediados del siglo XIX –. Los procedimientos a los que apeló el Estado fueron el despliegue de la liturgia patriótica en la escuela y en las instituciones militares, la implantación de nombres de calles, la instalación de monumentos, las conmemoraciones de hechos históricos y la enseñanza de la historia nacional en la escuela; los historiadores fueron a su vez convocados a esa enorme empresa nacional de homogenización cultural. Así planteado, el desarrollo de las políticas estatales hacia el pasado es visto como la puesta en marcha de un mecanismo de dominación; hasta aquí, no hay nada que objetar, aunque conviene notar que sus éxitos no fueron tan sencillos como alguna vez se supuso. Pero en esta visión, las memorias sociales y las identidades que ellas contribuyeron a sostener, sobre las cuales actuó el Estado, aparecen naturalizadas, espontáneas, homogéneas, primordiales y originarias, hasta populares en algunas versiones. El Estado derrotaba así a las viejas memorias e identidades colectivas previas, merecedoras de simpatía y cariño, que a pesar de todo una y otra vez resurgían con fuerza desde sus raíces premodernas, prometiendo horizontes de restauraciones populares y hasta radicales transformaciones sociales.

Desde un punto de vista conceptual, el esquema que se acaba de bosquejar presenta un flanco muy abierto cuando se refiere a aquellas memorias sociales que se pretenden originarias y esenciales. El modelo no percibe que también ellas fueron productos históricos y resultado de conflictos, librados tanto en el plano simbólico como en el material, por imponer determinadas versiones del pasado, ni que resultaron en buena parte la consecuencia de las presiones y controles de los grupos poderosos de la comunidad en cuestión.<sup>1</sup>

Ese esquema encierra también otro equívoco, que se expresa en la atribución de posibilidades transformadoras de un orden político injusto a la recuperación actual de supuestas memorias e identidades antiquísimas. Se ha señalado en varias ocasiones, y Eric Hobsbawm se encuentra entre quienes lo hicieron, que en los Balcanes, luego de la disolución de Yugoslavia, algunos grupos políticos promovieron el enlace con un pasado que pretendía remontarse a la Edad Media, en una operación imaginaria pero que, desde ya, tenía efectos importantes sobre la realidad: persecuciones y matanzas en nombre de la “limpieza étnica”, entre otros.<sup>2</sup> Ningún orden político abierto, transformador o igualitario se fundó en aquellas operaciones. Hace ya muchos años, Jean Chesneaux tomaba fuertes recaudos científicos, reclamando permanentemente rigor en ese plano, y también políticos, cuando aludía a las acciones de grupos que, inicialmente, le merecían simpatía: “escoceses, indios de Estados Unidos o bretones, sardos, chicanos u occitanos fundan su identidad en el pasado lejano”, pero corren el riesgo “de reproducir en más pequeño el modelo del estado nación contra el cual se levantan”.<sup>3</sup>

La segunda gran interpretación que se mencionó al comienzo de este apartado se pone en juego cuando, tanto en el lenguaje cotidiano como en el de algunos sectores de las ciencias sociales, se considera que los testimonios individuales y los textos que resultan del ejercicio del recuerdo – o, de manera más general e imprecisa, “la memoria” –, expresan una marcada proximidad a la experiencia vivida y una benéfica y apreciable ligazón afectiva entre presente y pasado. Así, se pasa a suponerlos sostenes de un discurso memorial que sería más “auténtico”, en el sentido de existencialmente más cercano que el discurso distante y con pretensión de racionalidad propio del historiador. Tanto desde perspectivas posmodernas como desde sectores más preocupados por la que podría ser una capacidad emancipatoria que devendría del ejercicio de la memoria se asumieron esas posiciones; desde los dos puntos de vista, se estimaba que el ejercicio memorial vendría a hacer oír las voces silenciadas por el discurso histórico. A una historia asociada al Estado y a los grupos dominantes, totalizadora y avasallante, se le opondría una memoria

<sup>1</sup> Resultaría adecuado tener en cuenta además cómo impactan en estas cuestiones las largas polémicas acerca de la cultura popular, que se enlazan inapelablemente con las de la memoria colectiva. Se sugiere sobre la cuestión, de la amplia bibliografía disponible, STUART HALL, *Notas sobre la deconstrucción de 'lo popular'*, en R. SAMUEL (ed), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984; ROGER CHARTIER, *Cultura popular: retorno a un concepto historiográfico* en su compilación *Sociedad y escritura en la Edad Moderna*, México, Mora, 1995

<sup>2</sup> Hobsbawm, en el artículo “La historia de la identidad no es suficiente”, incluido en *Sobre la historia*, ya citado, realiza esa referencia.

<sup>3</sup> Cfr. J. CHESNEAUX, *op. cit.*, p. 175. Véase, en páginas 27, 49, 67, 72, 85 y 218, entre otras, las apelaciones a la necesidad de mantener y extremar lo que el propio autor llama rigor científico e histórico.

fragmentaria propia de los grupos subalternos, las víctimas, las minorías y los excluidos de cualquier tipo.<sup>1</sup>

Interesa de estos argumentos no tanto las características atribuidas a cada tipo de discurso, entendidas como límites o como virtudes, sino el hecho de que sobre ellos se configura un modelo interpretativo que percibe una confrontación excluyente entre eso que se denomina historia y la llamada memoria. Sin embargo, los procesos que desafían la capacidad explicativa de ese modelo son muchos.

En Francia, por ejemplo, se desplegó hace algún tiempo una polémica en torno a la judicialización del pasado; según sus críticos, se trataba de una tendencia abierta con la ley Gayssot, sancionada en 1990, que reprimía la negación del exterminio de judíos en la Segunda Guerra definiendo así un nuevo delito, y culminaba con la que, en 2005, estableció que los programas de estudio debían reconocer “el rol positivo de la presencia francesa en ultramar, especialmente en África del Norte”.<sup>2</sup> Esta última no entró finalmente en vigor. Aparecen aquí actuando el poder ejecutivo y el parlamento; historiadores que se movilizan contra la decisiones que toma el poder político, mientras otros permanecen al margen; partidos que se manifiestan a través de la opinión de sus dirigentes; los medios de comunicación que dan estado público a las distintas posiciones y asumen las propias. Las cuestiones de las memorias también entran en juego, entramadas firmemente con la discusión sobre el Holocausto y sobre la guerra de Argelia. Es justamente el Estado, a través de los legisladores, el que amenaza el monopolio interpretativo del pasado que había reconocido a los historiadores desde mediados del siglo XIX, aproximadamente, aunque debe reconocerse ese monopolio nunca funcionó a pleno en los hechos. En muchos ámbitos nacionales procesos semejantes tienen lugar con cadencias cambiantes, pero rara vez cesan. Para retornar a la situación argentina, en los reabiertos juicios por la represión clandestina se escuchan actualmente los relatos de testigos y víctimas, pero también de acusados de haber sido los victimarios. Con esas piezas testimoniales, en parte productos de la memoria, se despliega una sistemática puja interpretativa por dotar de sentido a aquellas experiencias, en la que, como en el ejemplo anterior, participan además los partidos políticos, el Estado y lo harán los historiadores, entre otros grupos. Los ejemplos, claro está, pueden multiplicarse.

Frente a fenómenos como estos, las perspectivas que reconocen la existencia de sólo un enfrentamiento entre *una* memoria administrada por el Estado, a veces concebida como historia – artificialmente unificada, triunfante, impuesta-, y *una* memoria social – espontánea, natural, originaria, también uniforme, que se expresa en los relatos de testigos, víctimas y participantes-, parecen excesivamente cerradas. Resulta más productiva desde el punto de vista historiográfico una mirada que registre las varias luchas libradas por construir, hacer circular, imponer representaciones colectivas del pasado, usándolas en combates desde ya presentes, que además considere la existencia de actores múltiples, heterogéneos y dispersos, que

<sup>1</sup> Se sugiere la consulta del artículo citado de Klein, en particular p. 138. Ver también CARLO GINZBURG, *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, Bs.As., Fondo de Cultura Económica, 2010, en torno a la cuestión de lo que llama el “escepticismo posmoderno”, en particular p.11 y ss, y 219 y ss.

<sup>2</sup> Véase H. Rouso, *Mémoires aubives*, publicado en “Le Monde”, 24 de diciembre, 2005; disponible en la web.

las libran. Esas luchas no exhiben resultados definitivos; tampoco son sostenidas por grupos homogéneos, ni en el plano social ni en el discursivo; resulta en cambio más pertinente percibir los conflictos dispersos, largos y no siempre estruendosos, que sostienen los diversos sectores sociales y políticos, en los que además participan numerosas agencias estatales y grupos profesionales, por utilizar el pasado en las disputas de la hora.

Este esquema interpretativo resulta adecuado para examinar los procesos actuales y también los que se desarrollaron, al menos, a partir de la segunda mitad del siglo XIX; su utilización evita, por una parte, que las variadas y complejas disputas que llevaron adelante actores plurales sean convertidas en un conflicto único y absoluto entre dos modos de representar del pasado. Por otro lado, permite eludir las trampas del cotejo ideal entre historia y memoria. Ni más “auténticas” ni alternativas al discurso histórico, las prácticas de la memoria constituyen uno de los procedimientos a través de los cuáles los grupos de una sociedad establecen relaciones con su pasado mientras, en parte, lo construyen; del estudio histórico de esos procedimientos pueden esperarse todavía más respuestas acerca de una dimensión tan relevante de la vida social.